

tas conferencias, ha tenido la amabilidad de venir a buscarme al hotel todas las noches para traerme hasta aquí. La primera noche llegó cuando estaba yo acabando de cenar. Al ver mi gesto de apresuramiento, "tenemos tiempo", dijo, y nos pusimos a platicar, mientras yo acababa de cenar tranquilamente. La noche siguiente cené antes, de suerte que al encontrarme el licenciado en el vestíbulo del hotel, hubo de decirme: "podemos hacer tiempo platicando". Pero anoche, al encontrarme en el mismo vestíbulo, hubo de disculparse: "perdóneme usted, he perdido tiempo y tenemos que ganarlo". Y esta noche he sido yo quien en cierta coyuntura de nuestra plática declaré: "sentiría mucho que las conferencias no sirviesen más que para perder el tiempo los asistentes"; a lo que el licenciado repuso gentilmente: "lo sumo que le concedo a usted es que alguno por excepción no haga más que pasar el tiempo o matar el tiempo".

¿Qué hemos querido decir el licenciado y yo al hablar así?

5ª

EL TIEMPO
(CONCLUSION)

“TENEMOS tiempo”, dijo la primera noche el licenciado Rangel Frías, sobreentendiendo: para llegar a la conferencia, para *hacer* algo *más tarde* — y *entretanto* para *hacer* otras cosas, *cualesquiera*, pero *alguna*, por ejemplo, acabar de cenar tranquilamente, platicar. *Porque no podemos estar sin hacer nada, porque tenemos que estar haciendo algo en todo tiempo* — los humanos. Por eso “tenemos tiempo” los humanos. *Tiempo es movimiento, acción.* “Tener tiempo” es tener *que hacer*, tener *que hacer*. Hay, pues, una perfecta coherencia entre “tener tiempo” y que tenerlo sea para *hacer* algo, llegar a la conferencia, y *hacer* entretanto otras cosas.

“Podemos hacer tiempo platicando”, dijo la noche siguiente el licenciado, queriendo decir: podemos platicar *para hacer tiempo* hasta el de la conferencia, porque hasta entonces tenemos que hacer algo — porque no podemos no hacer nada, porque tenemos que hacer algo en todo tiempo, aunque sólo sea hacer tiempo, es decir, aunque sólo sea *algo*

para hacer tiempo. “Hacer *tiempo*” es, pues, hacer algo. No hay una coherencia menos perfecta entre “hacer tiempo” y que hacerlo sea *hacer* algo.

“Perdió tiempo” anteanoche el licenciado no viniendo a buscarme, sino haciendo otras cosas. Adviertan ustedes: no haciendo lo que podía haber hecho, si así, separado no lo que debía haber hecho, pero *no dejando de hacer en absoluto*, sino *haciendo* otras cosas. Y “ganamos el tiempo perdido” dejando de platicar como otras noches, para venir acá inmediatamente, o sea, dejando de hacer, pero tampoco en absoluto, sino haciendo otra cosa. “Perder *tiempo*”, “ganar *tiempo*”, sea el perdido o no, es, en definitiva, *hacer*. Siempre la misma coherencia.

“Perderían el tiempo” ustedes asistiendo a estas conferencias, si estas conferencias fuesen tan míseras que no valiesen la pena de que asistiesen a ellas, que no valiesen más que para perder el tiempo. “Perdemos el tiempo” los humanos cuando hacemos algo que no vale la pena de hacerlo, que no vale más que para perder el tiempo — porque no podemos no hacer nada, tenemos que hacer algo en todo tiempo, aunque sea algo que no valga la pena de hacerlo, algo que sólo valga para perder el tiempo, aunque sólo sea per-

der el tiempo. “Perder el tiempo” es hacer algo que no vale la pena de hacerlo, algo que sólo vale para perder el tiempo — pero hacer algo. Sólo que como tiempo es movimiento, acción, vida, ser, perder *el* tiempo es perder la vida, el ser, es perdernos a nosotros mismos; es ir quedándonos sin ellos, y sin nosotros mismos, agotándonos, agotándonos. . . “Perder *el* tiempo” es como no hacer nada, en sentido literal. Es algo mucho más radical que “perder tiempo”.

“Pasan el tiempo”, “matan el tiempo” ustedes, quizás, asistiendo a estas conferencias, si asistiendo a ellas *no hacen más* que pasar el tiempo o matarlo, es decir, algo que sólo vale para pasar el tiempo o matarlo — porque no podemos no hacer nada, en todo tiempo tenemos que hacer algo, aunque sea algo que sólo valga para pasar el tiempo o matarlo, aunque sólo sea pasarlo o matarlo. “Pasar el *tiempo*”, “matar el *tiempo*” — *hacer* algo. El tiempo es, por lo visto, algo tan mortal para nosotros, los humanos, que si no lo matamos, siquiera, nosotros a él, nos mata él a nosotros, sin “siquiera”. Por eso, sin duda, el hastío o tedio es inminencia de la muerte. Decididamente, “matar el tiempo” es algo radical, acaso más radical todavía que “perderlo”.

Pero si en todo tiempo tenemos que hacer algo, si no podemos no hacer nada, ¿qué sentido tiene nuestro tan frecuente decir que “no estamos haciendo nada”, que “no hacemos nada”? Simplemente, que no estamos haciendo lo que debiéramos, sino *haciendo* otras cosas, o que estamos *haciendo* lo que no debiéramos. “¿Qué está usted haciendo ahora?”, suelen preguntarnos a los intelectuales. Pues, si respondemos “nada”, no queremos decir, evidentemente, que no estemos haciendo nada en absoluto, sino tan sólo que no estamos haciendo lo que debiéramos, por ejemplo, escribiendo un libro. “¿Qué estás haciendo, niño?”, suelen preguntar con cierto instinto las mamás, justo cuando por no dar el niño señales de vida parece que habría realmente de no estar haciendo nada. Mas si el niño responde efectivamente “nada, mamá”, ésta acaba de asegurarse de que el niño está haciendo lo que ella no quiere que haga, cogiendo el tarro de la mermelada o maquinando para escaparse con los amiguitos.

En conclusión: las expresiones examinadas significan que no podemos no hacer nada, que tenemos que hacer algo en todo tiempo. ¿No es una conclusión trivial? ¿Qué podríamos sacar de ella? El tiempo no es realmente nada distinto de las cosas temporales; real-

mente nada distinto de nuestra propia vida, en nuestro caso. Si no hiciésemos nada, no se produciría sólo un tiempo sin cosas, sino desaparición absoluta de cosas y tiempo, una literal nada. Si no hiciésemos ni siquiera tiempo, o lo que es lo mismo, algo, no dejaríamos sólo de *hacer*, sino de *ser*. Nuestro *ser* consistiría en nuestro *hacer*, en nuestro tiempo. Esto sería todo lo que podríamos sacar.

¿Todo? Imaginemos que tuviéramos un tiempo infinito. “Tendríamos tiempo” — para hacer algo más tarde y entretanto? Tendríamos tanto — que tendríamos un tiempo infinito para hacer lo que tuviéramos que hacer más tarde y para hacer nada una de las cosas que pudiéramos hacer entretanto. Tendríamos tanto tiempo, que no tendríamos que hacer nada en ningún momento determinado, en ningún tiempo — finito, ni infinito. Tendríamos tanto tiempo, que no tendríamos que hacer nada *en ningún tiempo* — *en absoluto*.

“¿Haríamos tiempo”, es decir, haríamos algo para hacer tiempo, entretanto hacíamos más tarde algo? Pero si acabamos de ver que no tendríamos que hacer nada en ningún tiempo, en absoluto. ¿Qué sentido podría

tener hacer tiempo, teniendo un tiempo infinito?

¿“Perderíamos” o “ganaríamos tiempo”, perdido o no? “¿Perderíamos *el tiempo*”, ni siquiera? — ¿Cómo ganar ni perder tiempo, teniéndolo infinito?

¿“Pasariamos el tiempo”, lo “mataríamos”? Si no tendríamos que hacer nada... Ni ¿cómo pasar ni matar un tiempo infinito? El tiempo infinito nos habría antes matado...

Si, pues, tuviéramos los humanos un tiempo infinito, no “tendríamos tiempo”, ni lo “haríamos”, ni “ganaríamos” o “perderíamos tiempo”, ni “perderíamos *el tiempo*”, ni lo “pasaríamos”, ni lo “mataríamos”. Nada de todo esto sería posible, tendría ni siquiera sentido. “Tenemos tiempo” y lo “hacemos”, “ganamos” y “perdemos tiempo”, “perdemos *el tiempo*”, lo “pasamos” y lo “matamos” los humanos, en suma, *porque no tenemos más que un tiempo finito...*

Imaginemos que tuviéramos un tiempo infinito. Y que tuviéramos que hacer, no las cosas que tenemos, sino una *infinidad* de cosas. E incluso que *cada una* de estas infinitas cosas fuese *infinita*. Para hacer cada una de las infinitas cosas infinitas que tendríamos que hacer, tendríamos un tiempo

infinito: la correspondencia biunívoca de cada una de las infinitas partes infinitas del infinito con éste es una de las paradojas del mismo. Para hacer cada una de las infinitas cosas infinitas que tendríamos que hacer, tendríamos un tiempo infinito: no tendríamos que hacer ninguna en ningún momento determinado, en ningún tiempo — finito, ni infinito. No tendríamos que hacer nada en ningún tiempo — no tendríamos que hacer nada en absoluto. Si tuviéramos un tiempo infinito, aunque tuviéramos una infinidad de infinitas cosas que hacer, aunque sería falso que no tendríamos *nada que hacer*, sería cierto que no tendríamos *que hacer nada*. Si no podemos no hacer nada, si tenemos que hacer algo en todo tiempo, para no dejar de ser, es *porque no tenemos más que un tiempo finito* — un hacer finito, una vida mortal, un ser limitado por el no ser; es porque somos temporales en el sentido más propio, mortales, finitos, porque entrañamos no ser, porque si somos, es en parte, pues en parte, no somos. Con lo que parece arribamos a consecuencias demasiado paradójicas: tendríamos que hacer, para no morir — porque morimos; si tuviéramos un tiempo infinito, *si no tuviéramos que morir*, si fuéramos inmortales, no tendríamos que hacer

nada, *no tendríamos que vivir*, seríamos desde luego como muertos...; si *somos*, no sería a pesar de tener que dejar de ser, sino *porque tenemos que dejar de ser*...

Tiempo es movimiento, vida, ser. Nuestra vida, nuestro ser tiene por condición de su ser la finitud de nuestro tiempo — nuestro ser, nuestra vida o nuestro tiempo tiene por condición de su ser su propia finitud o no ser. Nuestra vida, o es mortal — o no es. Nuestro tiempo, o movimiento, o es finito — o no es. Nuestro ser, o no es, en alguna forma — o no es, en absoluto: el precio de nuestro ser es ser a medias... *Todo* tiempo, todo movimiento, todo *ser* ¿no será finito — o no será?

Mas *tener que hacer* algo en todo tiempo, por no *tener* más que un tiempo finito o *tener que morir*, no se reducen a un *tener* o un *tener que materialmente, realmente*, por decirlo así. Ya “tener” o “hacer”, “ganar” o “perder tiempo”, “perder el tiempo”, “pasar” o “matarlo”, no se reduce tampoco a un “tenerlo” o “hacerlo”, “ganarlo” o “perderlo”, “pasar” o “matarlo” *materialmente, realmente*. “Tenemos” o “hacemos”, “ganamos” o “perdemos tiempo” para hacer algo más tarde, es decir, *con vistas* a algo que se tiene que hacer, que se *prevé*, pues,

tener que hacer. “Perdemos el tiempo”, lo “pasamos” o lo “matamos” haciendo lo que no *vale* más que para perderlo, pasarlo o matarlo. Se trata, pues, de relaciones entre el hombre y el tiempo que suponen la *conciencia* y hasta la *conciencia del valor*. El tiempo sólo se “tiene” o “hace”, “gana” o “pierde”, “pasa” o “mata” *material, realmente*, “teniéndolo” o “haciéndolo”, “ganándolo” o “perdiéndolo”, “pasándolo” o “matándolo” *conscientemente*... Nada tan consecuente como que para que tengamos que hacer algo en todo tiempo, por no tener más que un tiempo finito o tener que morir, tengamos que estar *seguros* de que tenemos que morir, *convencidos* de que lo que tenemos que hacer, tenemos que hacerlo *en vida*. Si no fuésemos *conscientes* de la finitud de nuestro tiempo, de nuestra vida, podríamos aplazar lo que tuviéramos que hacer *ad kalendas* — infinitas; no sería simplemente *como si* no tuviésemos un tiempo finito; no lo tendríamos, *en realidad*. Nuestro tiempo finito, nuestra vida mortal, los tendríamos *con* la conciencia. Nuestra mortalidad, nuestra finitud *serían* en la conciencia. La conciencia de nuestra finitud sería condición de ésta misma... La conciencia sería menester, no sólo para el *ser consciente* del no ser, sino

para el *no ser* de que se es consciente. . . Entonces, los seres inconscientes ¿no serían finitos!, y los conscientes ¿lo serían todos!

Hay más. No sólo somos conscientes de la finitud de nuestro tiempo, de nuestra vida, sino de la constante inminencia de su fin. No sólo estamos seguros de que tenemos que morir, sino que estamos persuadidos de que la muerte puede sobrevenir, sobrecojernos en todo momento, en el inmediato. Constantemente nos amenaza la muerte. Por eso, lo que tenemos que hacer, no sólo tenemos que hacerlo *en vida*, sino que tenemos que hacerlo *con urgencia*. La conciencia de la constante inminencia del fin, de la muerte, en el doble sentido de “amenaza”, peligro y proximidad, nos urge, nos *insta* a hacer lo que tenemos que hacer. El “instante” es el momento del tiempo en cuanto somos conscientes de él como pudiendo ser el último de nuestra vida, o en cuanto “mortal”. Por lo mismo es su extensión siempre igual, la mínima, a diferencia de la variable de los “momentos”.

Densidad mayor o menor es mayor o menor cantidad de materia en un mismo volumen — limitado. Cuando el volumen aumenta la materia se enrarece. Si el volumen aumenta suficientemente, la materia se disipa.

Si el volumen se hiciese ilimitado, dejase de ser volumen, dejase de ser, la materia se disiparía en absoluto, ella también dejaría de ser. Nuestra vida tiene densidad mayor o menor, es mayor o menor cantidad de cosas que hacer dentro de sus límites. Si éstos desapareciesen, si tuviésemos un tiempo infinito, nuestra vida se disiparía. Pero es todo lo contrario. El volumen de nuestra vida está constantemente estrechado, angostado, *angustiado* por la urgencia de la constante amenaza de la muerte. Nuestra vida es densa de urgencia.

Advirtamos, en fin, esto. En cuanto acabo de apuntar, tener que hacer algo en todo tiempo, tiempo infinito o finito, finitud de movimiento, vida, ser, real y conscientemente, densidad y urgencia por obra de la finitud, están concebidos exclusivamente por referencia a la muerte, al futuro. ¿Por qué no al nacimiento, al pasado? Ello denuncia que, por debajo de la reversibilidad con que nos representamos el movimiento temporal *de las cosas* y aquel en que consistiría *el tiempo mismo*, del futuro o presente al pasado y de éste o el presente al futuro, hay una peculiar *orientación*, cabe denominarla muy propiamente, de nuestra vida hacia la muerte, hacia el futuro. . .

En suma, nuestro ser temporal parece reducirse decididamente a nuestro ser mortal, y a la cuestión de nuestro ser más o menos temporal que los demás seres, a la de si somos más o menos mortales que ellos. Volvamos ya, pues, a los demás seres.

Hemos reconocido que si los humanos “tenemos” y “hacemos”, “ganamos” y “perdemos tiempo”, “perdemos”, “pasamos” y “matamos el tiempo”, es porque no podemos no hacer nada, porque tenemos que hacer algo en todo tiempo, porque, a su vez, no tenemos más que un tiempo finito. Y desde ayer reconocimos que seres inanimados, seres vivos inferiores a nosotros, almas y espíritus inmortales, Ser eterno, ni “tienen” ni “hacen”, ni “ganan” ni “pierden tiempo”, ni “pierden”, “pasan” ni “matan el tiempo”, ni nada de esto es posible, ni tiene siquiera sentido en referencia a ellos. ¿Será que seres inanimados, seres vivos inferiores a nosotros, almas y espíritus inmortales, Ser eterno, puedan no hacer nada, no tengan que hacer algo en todo tiempo, porque tengan un tiempo infinito? Almas y espíritus *inmortales* y Ser eterno parecen, efectivamente, tener un tiempo infinito, por definición, digámoslo así. Pero que no tengan que hacer algo en todo tiempo, que puedan no hacer nada, que

no hagan nada, que no vivan... Su “vida eterna” ¿no es a una *vida y eterna*? La vida no parece haber menester de ser temporal, finita. Almas y espíritus inmortales y Ser eterno parecen, pues, invalidar las relaciones encontradas entre “tener”, “hacer”, “ganar” y “perder tiempo”, “perder”, “pasar” y “matar el tiempo” y no poder no hacer nada, tener que hacer algo en todo tiempo, y entre esto y no tener más que un tiempo finito. En cuanto a los seres inanimados y a los seres vivos inferiores a nosotros, también viven o hacen algo, también tienen que hacer algo en todo tiempo, tampoco pueden no hacer nada — pero tampoco tienen más que un tiempo finito. Parecen, pues, invalidar por lo menos la relación entre “tener”, “hacer”, “ganar” y “perder tiempo”, “perder”, “pasar” y “matar el tiempo” y tener que hacer algo en todo tiempo, no poder no hacer nada, ya que no la relación entre esto y el no tener más que un tiempo finito. Mas en seguida se ocurre que ni siquiera invalidan la anterior. Porque si *tienen que hacer algo en todo tiempo*, no *tienen que hacerlo conscientemente*, pues que ni siquiera los más altos de los seres vivos inferiores a nosotros suben al grado de conciencia requerido para ello. Seres inanimados y seres vivos inferiores a nosotros